



LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I

§ Barcelona 21 Julio de 1890 §

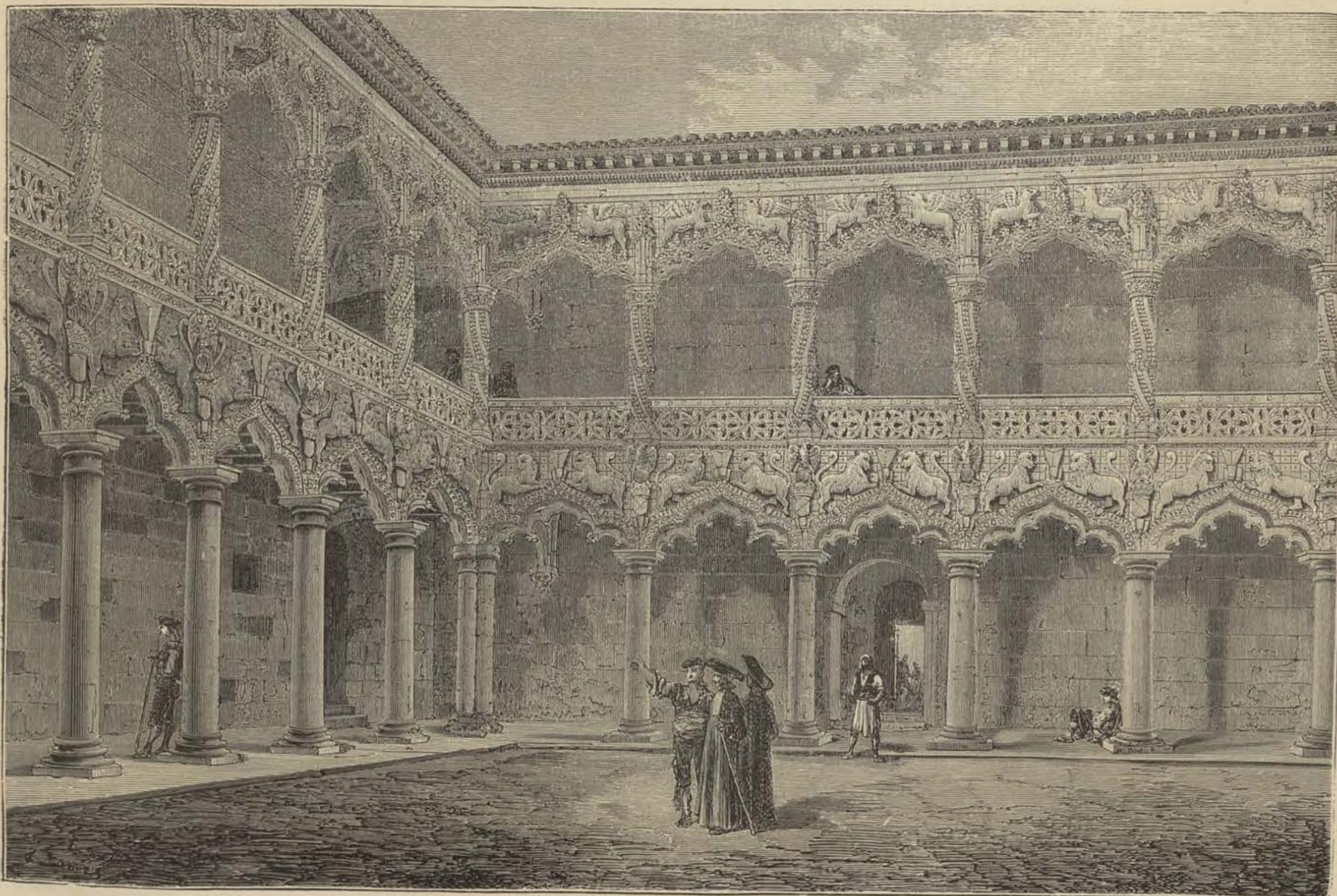
NÚM. 6

REVISTA GENERAL

Como dijimos en nuestros números anteriores, el asunto de Zanzíbar daría juego en la política internacional, siendo Francia la primera interesada en las bases del tratado ó convención anglo-alemana: en la Cámara de los Comunes, ha principiado el examen de dichas bases cuya totalidad fué firmada el primero del pasado mes en la cancillería alemana por el embajador inglés M. Edwart Malet y M. Per-

cy Anderson en nombre de Inglaterra y los señores Caprivi y Kraler por Alemania. Francia las examina á su vez, y si bien ha llegado ya á un acuerdo con Inglaterra con respecto á dos puntos importantes que son: primero, la consagración definitiva del protectorado francés en Madagascar con derecho al *execuatur* sobre los consulados extranjeros; y segundo, la facultad de extender su influencia en el África Central, hasta el territorio del lago Tehad, por lo que respecta á otros puntos de mayor importancia, todavía tiene que formular dictamen y ni siquiera puede presumirse la actitud en que se

colocaría, ni las determinaciones que tomaría de ser exacto lo de la cláusula secreta, que en opinión de la diplomacia francesa, no puede ser otra que la de que en caso de guerra entre Francia y Alemania se obligara la marina de guerra inglesa á ponerse al servicio de aquella potencia; sin embargo, el Subsecretario de Negocios Extranjeros ha declarado en la Cámara que no existe ningún compromiso secreto, al propio tiempo que ha afirmado que las negociaciones con Francia y Portugal terminarán satisfactoriamente; pero á pesar de ello los franceses en su afán de previsión, relacionan con dicho asunto el



GUADALAJARA. — PALACIO DE LOS DUQUES DEL INFANTADO. — PATIO INTERIOR

viaje del emperador de Alemania á Suecia y Noruega, que sólo, según su opinión, habrá tenido por objeto conseguir entrarán dichas naciones en la triple alianza; así como pretenden también relacionar con lo mismo, el cambio de gobierno habido en nuestra patria, *chez nous*, como ellos dicen; si bien eso de una manera secundaria, obedeciendo tal vez á un vasto plan de alianza que el emperador de Alemania tiene *in mente* y que no tardará en desarrollar; principiando tal vez á verse claramente en el asunto, considerando los importantes viajes que está llevando á cabo y sobre todo el que proyecta ahora á San Petersburgo en compañía del canciller Caprivi firmante del famoso tratado, removiéndose la antigua idea de formar el Estado de la Grande Escandinavia, que abarcaría Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia.

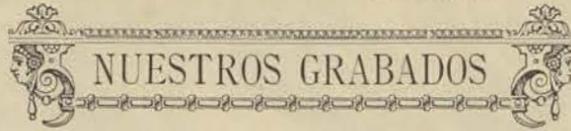
No hemos querido dejar de consignar en esta revista el estado actual de dicho asunto, no solamente por habernos ocupado con anterioridad de él, sino por el verdadero interés que entraña para el actual movimiento de la política europea.

Con respecto á nuestra patria, la cuestión importante del momento es la dificultad de comunicaciones entre los presidios menores del Africa, cuestión que debe llamar poderosamente la atención del Gobierno, pues se trata de garantir no tan solamente los intereses, sino la vida de los españoles. Las tentativas de las kabilas, se repiten con demasiada frecuencia; ya por enemistades de un Jefe, como en esta ocasión el de la kabila Mojatar, ya por caprichos de otro, y ya en general por el odio que los rifeños tienen á los españoles, ello es cierto que de tiempo en tiempo hay que lamentar sucesos semejantes ó parecidos al que ocupa en estos momentos la atención pública. El insulto al pabellón español en 1859, promovió la guerra que sólo dió por resultado una satisfacción del amor propio español cumplida, pues después de haber obtenido O'Donnell la victoria de Wad-Ras sobre las fuerzas reunidas del Imperio al mando de Muley-el-Abbas y haber tomado á Tetuán, ¿qué beneficios reportó para la Nación el tratado de paz? Seguros del triunfo, aguerridas ya nuestras tropas y dispuestas á penetrar en Tánger, Fez, y en una palabra, hacerse dueñas del Imperio, qué ventajas nos dió aquella paz? ¿Se pensó siquiera que nuestra posición geográfica, el interés de nuestro porvenir, nuestro engrandecimiento, la conservación y mejoramiento de las posesiones que tenemos (todavía) en las costas, nos llamaba á África? ¿Se calculó, ni siquiera remotamente, que esas malhadadas penitenciarías que tenemos y tanto nos cuestan, podrían convertirse en grandes centros de comercio? ¡Nada! Sempiternos caballeros andantes, una vez desagraviada nuestra bandera, satisfecho nuestro honor, colmadas las aspiraciones de nuestro amor propio, nos contentamos con recordar nuestras pasadas glorias y hacernos la ilusión de que siempre que quisieran los descendientes de aquellos guerreros que tenían el orgullo de decir que jamás se ponía el sol en los dominios de la patria, podrían decir otro tanto; y amén de una indemnización de guerra y unos cuantos títulos de nobleza, nos quedamos como estábamos. Hemos asistido impasibles (y consentido) á la lenta, gradual y progresiva influencia y desarrollo y acrecimiento de Inglaterra, de Francia, de Alemania, en Africa; ¿qué papel representaríamos el día que una circunstancia cualquiera, hiciera necesaria la intervención de las potencias? A cada paso, á cada momento, las kabilas provocan conflictos que castigamos como ahora con algunas cargas que obligan á los moros á refugiarse al interior, ó con algunos cañonazos disparados por los fuertes de Melilla que echan á pique tres casas y una mezquita; luego vendrá la enérgica reclamación al Sultán, las seguridades por éste del castigo y como si fuera un juego de niños, aquello de ya no volverá á suceder; sin perjuicio de reproducirse como ahora, á los dos ó tres meses de la última tentativa de desacato á la autoridad, ó del último desmán é insulto á nuestros marinos, ó á alguna familia española; y vuelta á lo mismo!

Creemos que ha llegado ya la hora de resolver algo; creemos que se debía de realizar algo más grande y provechoso en el Mogreb, si nuestra posi-

ción geográfica y el interés de aquellas posesiones españolas, nos han de dar algún día la importancia de nacionalidad que debíamos tener; creemos que nuestros grandes políticos deben dejar sus intereses de partido, para atender á los que reclama preferentemente la patria; y deseamos ardientemente que el espíritu patrio que hace poco ha animado al pueblo de Madrid y anima á los españoles todos que vitorean á su paso por algunas provincias al inventor del Peral, se comunique á nuestros Gobernantes, á nuestros políticos, á nuestros grandes diplomáticos, á nuestros eminentes estadistas, ya que si algo grande queda á esta nación, es contar tal vez con demasiados hombres de Estado.

CONSTANCIO



#### Palacio de los duques del Infantado.

Pocos edificios monumentales presenta la arquitectura española tan originales como el palacio de los duques del Infantado en Guadalajara, y especialmente su patio interior, que es una verdadera maravilla del arte gótico. Distinguese, sin embargo, por la multitud de arabescos y adornos afiligranados que le embellecen, aunque tal vez en detrimento de la verdadera hermosura; pues á estar menos recargados tales arcos, presentarían un golpe de vista más artístico.

El malogrado dibujante Gustavo Doré, al reproducir con su inimitable lápiz las riquezas ornamentales de este celebrado patio, nos dió á comprender cuan artista era, lo mismo para las grandes composiciones que debía crear, como para reproducir los detalles que la naturaleza ó el arte ofrecen á porfía.

#### (Zaragoza). Torre-Nueva.

Esta torre se halla situada en la plaza de San Felipe, y está aislada de todo edificio: se dió principio á su construcción el 31 de agosto de 1504, y quedó terminada en quince meses, tomando parte en su realización, moros y cristianos.

Tiene 237 pies de elevación, y 50 más de cimiento, siendo toda ella de fábrica de ladrillo.

Esta torre tiene sobre la perpendicular, una inclinación de nueve pies y medio castellanos, mas nó por eso amenaza ruina. Es altamente admirable, por su elevación, inclinación y aislamiento.

El grabado que la representa, debido á D. Eugenio Alós, está tomado directamente del natural.

#### Cazadores de las praderas.

Si la caza del León es temible y citado el cazador del rey de los felinos, como el más intrépido de todos, no lo es menos la de los toros salvajes; infinitamente más peligrosa cuando se emplea el arma de fuego, como indica la lámina que motiva estas líneas, que cuando se usa el lazo, porque si desgraciadamente fallara la escopeta y el compañero no estuviera listo para secundar el tiro, la caza se convertiría en una lucha desesperada en la que sucumbiría el cazador á pesar del cuchillo de monte, arma que á prevención lleva indefectiblemente; mientras que el lazo arrojado desde el caballo ofrece siempre mayor seguridad y en caso de mal éxito, hay la certeza casi absoluta de la salvación, pues la vertiginosa rapidez de la carrera de un caballo, no tiene comparación con la del toro, por más que los selváticos estén dotados de una velocidad prodigiosa. Las islas de los Galápagos, sitio donde figura la acción, se llaman también de las Tortugas, por el gran número de éstas que encontraron nuestros antepasados, que fueron los que las descubrieron; ese archipiélago del Grande Océano, está á 700 kilómetros O. de la América meridional.

#### A orillas del mar.

La preciosa marina de la página 44 del presente número es obra de Boughton, pintor de reconocido mérito como colorista y hábil paisajista, cuya última circunstancia se puede observar en dicha lámina, que representa las cercanías de un pequeño puerto, y punto de embarque y de desembarque, viéndose varios grupos á cual más típicos y sobre todo el principal, formado por dos mujeres en pie, ante un plácido anciano y un jovencuelo sentados, informándose de si ha llegado ó tardará mucho en llegar algún buque en el cual probablemente debe ir algún ser querido de la familia, tal vez el esposo, tal vez el hijo; ¡ah! si el deseo que en estos casos devora á los que esperan, pudiera imprimir mayor velocidad al buque, cuán pronto

se le vería amarrado á esa orilla y al ser impacientemente esperado, en brazos de sus deudos y amigos!

#### Guerreros beduinos.

Los beduinos son los hijos del desierto, de ahí su denominación derivada de *bid* que en árabe significa desierto y se aplica á todas esas tribus errantes esparcidas por el Egipto, la Siria, los Estados berberiscos y otros puntos de África. En la Siria es célebre la tribu guerrera denominada de los Anezas, la más antigua de todas, libre por completo, no reconociendo más autoridad que la de los Chaïques elegidos por ella libremente. En general, son indolentes, perezosos, viven del pillaje y de la cría de sus ganados, sirven de guías á los viajeros y practican la hospitalidad á pesar de sus hábitos de pillería. Su religión es el islamismo, que siguen bajo la dirección de los sacerdotes llamados *marabuts*. La lámina de la página 48 representa uno de esos beduinos guerreros, de una tribu independiente, haciendo fuego á caballo, actitud muy acostumbrada en sus luchas, en las cuales además de un valor indomable demuestran una agilidad sorprenden e.

#### LA JIRA, (por Roberthang).

La lámina 6.<sup>a</sup> que ofrecemos hoy á nuestros suscritores, representa una escena campestre de que tan ávidos se muestran los habitantes de las grandes ciudades, tanto más, cuanto mayores sean sus quehaceres, sus ocupaciones ó sus trabajos. El esmero del dibujo de Roberthang, creemos que está por encima de todo elogio.

#### LA JORNADA DE OCHO HORAS

V

No debe la clase obrera pedir el bienestar material y moral á una reducción sistemática de las horas de trabajo; por cuanto desde el momento en que dicha reducción fuese injusta, no produciría otro efecto que el de perjudicar á los mismos que la obtuvieran.

El hombre ha nacido para trabajar, y mientras el trabajo no sea insufrible ó dañoso para la salud, en vez de ser una calamidad ó una desdicha para los que deben efectuarlo, es y ha sido siempre un consuelo en medio de los sinsabores de la vida, un principio de felicidad, un moderador de las fuerzas vitales y de la actividad humana, que de lo contrario se invertirían en desórdenes de todo género, y por reacción, en corruptor hastío de repugnante ociosidad.

Todos debemos procurar el trabajo, en la medida de nuestras fuerzas y en la forma que pueda proporcionar la mayor suma de comodidades físicas y de bienandanza moral. ¡Qué mayor alegría que la de trabajar sin angustias ni rencores, sin padecimientos ni privaciones de ninguna especie, contento cada uno con su suerte!

Más para que el obrero pueda consagrarse al trabajo, con toda la fe y entusiasmo, es preciso que no solamente encuentre justicia en la sociedad, concediéndole una honrosa *ley del trabajo*, sino también la recompensa que le permita atender á sus necesidades y la consideración á que sus virtudes y principalmente su actividad le hagan acreedor.

Sabemos que la iniciativa individual, ó la de asociaciones económicas más ó menos independientes, del elemento oficial, puede hacer y hace, por regla general, mucho más que la de los gobiernos, los cuales preocupados con los altos problemas políticos y administrativos, se curan muy poco ó nada de las soluciones que parecen pequeñas, porque directamente sólo afectan á los individuos en particular, si bien atañen en realidad á todo el organismo social, á todas las clases del Estado. Pero en los pueblos que, como el español, esa iniciativa no despliega grandes vuelos, bueno sería que el gobierno cuidase algo más de la máquina social que eleva las proporciones de la civilización y cultura según sean los engranajes y acoplados juegos de esta máquina.

Así por ejemplo, el gobierno, teniendo en cuenta que viene á ser el padre de los pueblos á quienes debe regir, debiera estudiar ó mandar estudiar y luego poner en práctica los medios para normalizar y mejorar las condiciones materiales y morales de

la clase más numerosa de la sociedad, sin perjuicio ni detrimento de los derechos que las demás clases tienen á su protección y amparo; y de fijo que tarde ó temprano, se encontrarían algunos más de los que hoy hemos alcanzado.

Cada nación se ha de considerar como una gran familia; y antes que atender al concierto y armonía de todas las naciones en conjunto, convendría organizar con la perfección posible, cada una de estas grandes familias, para que sin enemistarse ni reñir con ninguna de las otras, tuviese el mayor orden, el mayor progreso, la más elevada suma posible de paz y tranquilidad.

Decíamos en el anterior artículo que si á la multiplicidad de trabajos ó industrias, se agregase por quien debiera y pudiera, el estudio de un motor económico, que facilitase al obrero el camino de elevarse al estado de poder competir con el gran capitalista, tendríamos resuelto, sin duda, el problema social más importante que se agita desde los primeros albores de la civilización, el de la emancipación del proletariado; entendiéndose la palabra emancipación, en el verdadero y noble sentido de la palabra.

Obvio es que la agricultura dominando á todas las demás formas del trabajo, acarrea la miseria de los obreros y la pobreza de todas las clases de la sociedad en general; y lo mismo, si bien que en menor escala, sucedería con la industria cultivada exclusivamente, ó con cualquiera manifestación de la actividad é inteligencia humanas, que se ejerciera enfrente del abandono de todas ó casi todas las demás.

Mas para que ese desarrollo de todos los trabajos, oficios é industrias, se realice con la armonía que todos deseamos, hay que evitar, en cuanto quepa, las injusticias que las preocupaciones ó las reminiscencias de otras épocas, nos hayan dejado: se ha de procurar, como decimos, que el trabajo y la inteligencia puedan competir con el capital dignamente, sin guerras ni envidias; sin luchas de exterminio, con paz y concordia.

Uno de los medios más eficaces según nuestra humilde opinión, sería la de un motor económico, fácil de instalación y de gobierno.

Acaso el mal que más dolorosamente aqueja al proletariado de la época presente, es la extinción que se está terminando de aquella clase obrera independiente y digna que era el núcleo más fuerte del estado llano. Hoy el operario parece que no contempla otro destino que el de vivir encerrado en una fábrica grande, en un inmenso taller, donde pasa la mejor parte de su vida, sin más tarea que la de seguir la marcha de la máquina que tiene delante; convirtiéndose de este modo en algo menos que instrumento de esa máquina, puesto que solamente debe procurar que ésta no interrumpa su trabajo, ó no haga una obra defectuosa.

El hombre, convertido así en pobrísimo auxiliar de una cosa inanimada, cuyos movimientos ni siquiera debe estudiar, puesto que para ello está el ingeniero, el director, ó el contra maestre, va degenerando hasta el punto de no pensar más que en matar el tiempo y esperar que llegue el fin de la semana para percibir su salario, al cual no sabría siquiera decir si tiene ó no derecho, puesto que todo el trabajo lo ha producido la máquina.

Por otra parte, la vida disciplinaria de las grandes fábricas ó talleres, tiene para el simple obrero algo de lo que tiene para el soldado raso la vida de cuartel, en la cual casi nunca debe emplearse la iniciativa individual, y por lo mismo, los individuos que contribuyen á la producción de semejantes centros, y á los cuales no se reclama nada de su pensamiento, nada de su inteligencia, ni de su iniciativa, puesto que no se les pide más que pasiva obe-

diencia, vienen á convertirse en verdaderos autómatas, ya que en su trabajo no necesitan ocupar ninguna de sus facultades mentales. La ociosidad del pensamiento, es tanto ó más perniciosa que la ociosidad física; pues su primer efecto, es ir causando el hastío del trabajo, al cual siguen la aversión al que hace trabajar y todos los malos deseos del que se ve sujeto á las fatigas corporales sin fe, sin cariño, y sin la menor idea de que con el trabajo, se cumple la más santa y noble misión.

Por lo tanto, falta resucitar aquella clase obrera independiente y digna que no tenía ocasión de considerarse como un mero instrumento de la moderna maquinaria; aquella clase obrera, en que la mayor parte de sus individuos, era un pequeño amo rodeado de su familia, de sus parientes jóvenes y de sus amigos, los cuales, á su vez, podían constituirse en otros tantos amos, en otros tantos jefes de taller; y sin disputa volvería á levantarse, con la creación de semejante clase, el nivel moral del proletariado.



ZARAGOZA.— TORRE NUEVA

Además, el hombre que trabaja para sí, para su provecho directo, puede emplear más horas sin aburrirse, sin cansarse, porque no habiendo aburrimiento ó cansancio moral, no se produce tan fácilmente el cansancio físico. Probado está por la fisiología, ya que no lo estuviese por la experiencia, que la energía moral sostiene y vigoriza la energía corporal.

Esos amos de talleres pequeños, lo mismo que hoy los jefes de casi todos los oficios y artes, sumarían el mayor contingente de una clase obrera numerosa, que se mantendría digna y culta, que viviría feliz y contenta, libre de la enervante y corruptora atmósfera de las grandes fábricas, donde á la vez que se atrofia ó enferma el entendimiento, se menoscaba la salud, se mengua la energía humana. Esta clase trabajaría con toda la fe y entusiasmo que deseamos, porque trabajaría por su cuenta, empleando su iniciativa y sus facultades mentales, sin estar sujeta á la disciplina cuartelaria de la fábrica, á la severidad del orden, que convierte al hombre en simple instrumento de una máquina, instru-

mento que no tiene la menor necesidad de pensar.

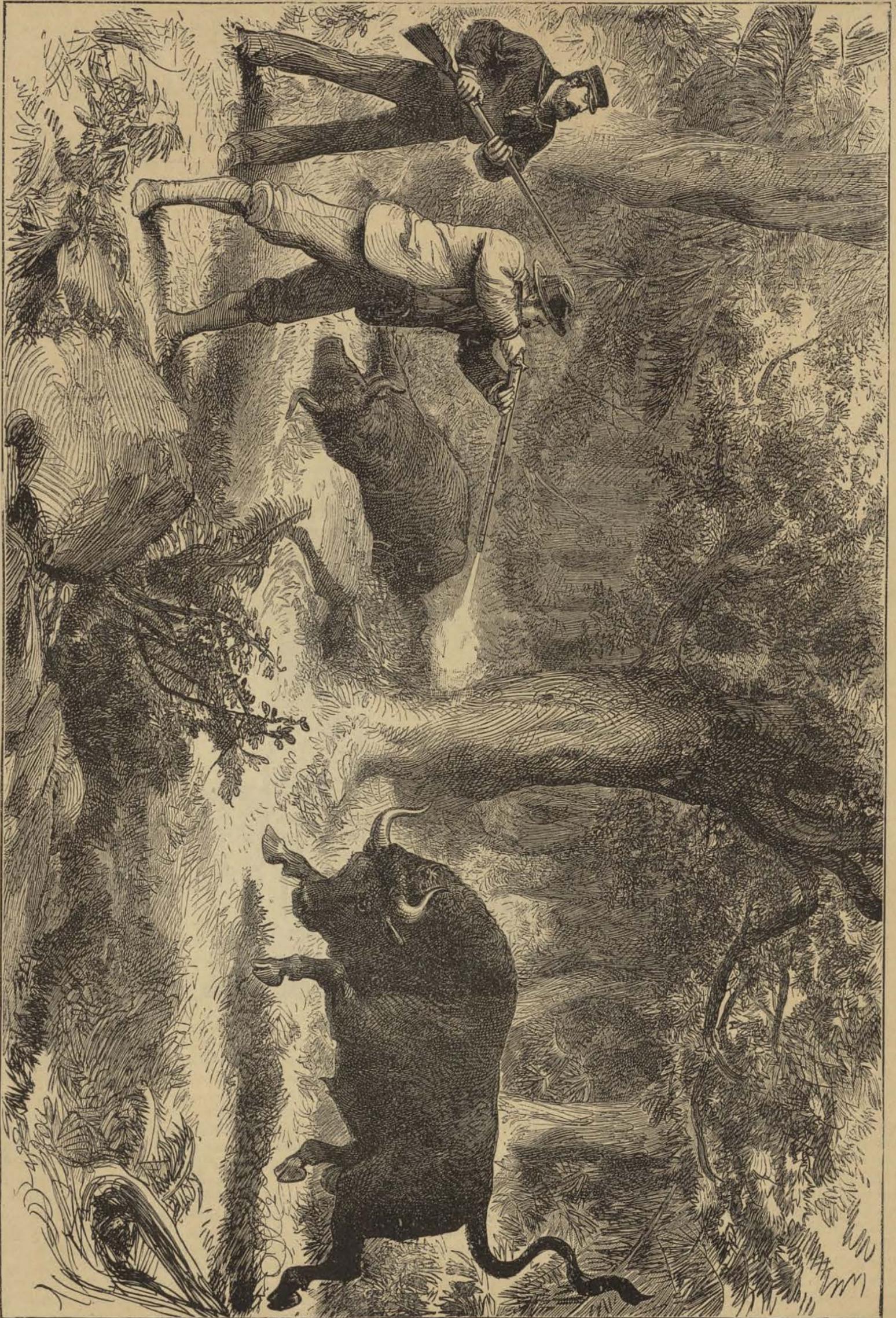
Un padre de familia rodeado de sus hijos y hasta de sus padres ó de su mujer, sería el bondadoso director y amo que tendría todas las atenciones para sus gobernados, y velaría por su salud; haciendo trabajar más horas, al que sin perjuicio de sus fuerzas pudiera trabajar; instruyendo y educando por sí mismo, ó mandando á las escuelas al que necesitase instrucción, ó al que sintiese vocación por estudios superiores; y así renacería el espíritu de familia que hoy va desapareciendo; espíritu que es amor, alegría, satisfacción, contento. En pos de esta felicidad, seguirían indefectiblemente el bienestar material, que contribuye tanto, á veces, como la satisfacción moral á elevar el concepto propio de la personalidad. El hombre que cada día se ve más y más equiparado á un bruto que impulsa una máquina, á un instrumento pasivo que ni aun ese impulso sabe dar, se consideraría algo superior á esta ínfima condición; se consideraría hombre.

Ahora bien, el motor que hemos indicado y que algunos grandes mecánicos y entre ellos el más eminente, Reuleaux, conceptúan como una de las soluciones más beneficiosas para el mejoramiento de la clase obrera, nacerá algún día, quizás mañana, muy pronto; porque se ha comprendido como una necesidad absoluta, porque está en la mente de todos los pensadores como el remedio eficaz para un mal que sufre la clase más numerosa de la sociedad. Varios son los inteligentes que dedican su actividad al descubrimiento de esa máquina sencilla y barata: unos creen que el aire dilatado por el calor, otros la electricidad, otros el vapor aprovechado en distintas condiciones, otros el gas que ha proporcionado ya grandiosas ventajas á las pequeñas industrias, permitirán encontrar ese motor, que cueste muy poco de primera compra y luego exija una combustión muy económica, y sea de facilísima conducción ó gobierno.

Con ese motor, el obrero que no contase todavía con dinero suficiente para adquirirlo, trabajaría arduamente con el fin de ahorrar la pequeña suma que le faltase para instalarlo, impelido siempre por la esperanza de hacerse un pequeño amo, ó encontraría quien le prestase la pequeña cantidad, para establecerse. No pensaría, no, en pedir menos horas de trabajo, mientras ese trabajo no fuese nocivo ó abrumador; desearía trabajar, para hacerse independiente. Así se instalarían numerosos talleres pequeños, en los que sería preferible trabajar por todos conceptos; pues desde el momento en que allí no dominase el acumulamiento, siempre malsano, de mucha gente, sería fácil que trabajasen bien avenidos, fraternizando; amén de que la vigilancia constante del amo obrero ó de su mujer, sería una garantía de paz y concordia, de satisfacción y contento entre todos.

Al propio tiempo sucedería una cosa muy lógica y natural: los obreros darían siempre la preferencia al trabajo en talleres pequeños, donde aun trabajando más horas para el necesario jornal, vivirían más dichosos; y sobre todo, estarían en compañía de amigos, ya que desde el amo hasta el último aprendiz, todos lo serían. De ahí que los amos de talleres grandes, que ninguna simpatía merecen al trabajador, al cual deben tratar como una especie de señor feudal á sus vasallos, y con quien no tienen el menor contacto familiar ni amistoso, tendrían que moderar constantemente sus exigencias, tendrían que ofrecer un salario quizás mayor, ó á lo menos igual, al que con más horas de trabajo se ganase en los talleres pequeños.

Por último, son infinitas las ventajas que para el bien de la clase obrera vislumbramos nosotros en la subdivisión de las grandes industrias, en la crea-



CAZADORES DE LAS PRADERAS EN LAS ISLAS GALÁPAGOS





Fran. P. ...

LA JIRA (por Roberthang)

Tip. lit. de F. Nacoste, editor.





A ORILLAS DEL MAR. — MARINA DE G. H. BOUGHTON

ción de talleres pequeños, en el invento de un motor barato y fácil de gobernar.

Ofrezcan las corporaciones económicas, que realmente se interesen por las clases obreras, grandes y verdaderas recompensas al que el tal invento produzca, incítese á los grandes mecánicos á que tomen parte en ese certamen humanitario, que constituiría una de las mayores conquistas de nuestra época, y se habrá dado un paso colosal, por la senda del verdadero progreso.

Eso mismo debiera hacer el gobierno, y sería más importante todavía la solución que indicamos; pero poco podemos esperar de las esferas gubernamentales, que apenas se mueven más que á impulsos de la política.

F. NACENTE.

## El Abuelo de un genio

(EPISODIO HISTÓRICO)

AL INSPIRADO PINTOR ANTONIO FABRÉS

### I

**D**URANTE mi larga residencia en la villa de Falset, baronía de Entenza, cabeza de su partido judicial y capital del Priorato, contraí amistad con un joven propietario, hijo primogénito de una antigua familia de aquella montañosa localidad, que era un guapo mozo que se trataba amigablemente con los clásicos latinos y con las matemáticas, que tenía algo de calígrafo, y que si durante el día manejaba la podadera, consagraba las veladas á las sociedades de recreo y á los dulces encantos del amor.

Una fría y nebulosa velada de invierno, al dar el toque de ánimas, pasé á su casa, feo y triste caserón, que estaba pidiendo á voces la mano del albañil, como sus muebles ser sustituidos por otros más cómodos y elegantes, pues de puro viejos se deshacían al contacto de la mano. Mi amigo, arrellanado en un sillón de cuero, como un personaje de la popular novela *Gil Blas de Santillana*, colocado delante de la mesa, cenaba tranquilamente encerrado en una ancha cocina, que hacía las veces de comedor en el invierno, sin otra luz que la de un clásico velón de cuatro pábulo, que recordaba la pacífica época de Carlos III, y los abigarrados como desenvueltos bailes de candil.

Después de los saludos de ordenanza, colgué el sombrero y la capa en una percha de madera colocada detrás de una de las hojas de la puerta de aquella cómoda y espaciosa estancia, la más confortable de la casa y embalsamada de continuo por el calor de la ancha chimenea con campana.

Tomé asiento en el patriarcal escaño, colocado á un lado de ella, escaño que constituye el ara santa de las familias montañesas, nobilísimo asiento reservado á los venerables abuelos, y que ha oído narrar noche tras noche con horror y espanto las guerras del Rosellón, la de nuestra gloriosa Independencia, las sangrientas guerras civiles, y cuantas ruidosas algaradas se han sucedido sin descanso, en este revuelto y antojadizo país.

El joven, después de pasarse la servilleta por los labios, murmuró amigablemente:

—¡Presumo que esta visita tendrá que agradecerla la cabeza del santo, pero no yo!

—Ambos á la vez.

—Pues voy á complacerte.

Y diciendo esto abandonó el sillón, encaminóse á una pieza inmediata, y regresó poco después mostrándome una peana con un globo de cristal y dentro de ella una cabeza de cera de tamaño natural, admirablemente modelada.

Era la efigie de san Juan Bautista. Una preciosa cabeza que infundía tanto respeto como veneración. En sus entornados ojos se admiraba el sello de la muerte, la sangre salpicaba su esclarecida frente y dos lágrimas bañaban su descolorido rostro.

—Aquí tienes la joya de nuestra casa, exclamó el joven, la imagen más venerada de toda la vecindad. Ella preside los partos de nuestras vecinas,

ocupa su sitio de honor en la capilla que improvisamos en este barrio, la víspera de santo Domingo de Guzmán; á ella imploran las muchachas casaderas, cuando el novio parte á lejanas tierras; á ella invocan las madres doloridas y todos aquellos de nuestros vecinos que, desengañados de los hombres, sólo confían en Dios.

—¿Y es obra del abuelo de Fortuny?

—Sí amigo mío, del mismo: del señor *Marián de las figuras*, como le llamabais en Reus.

—¿Pero cómo ha venido á tus manos?

—Voy á satisfacer tu curiosidad.

Devolvió la imagen á la sala, la muchacha recogió los manteles, y una vez solos encendimos los cigarrillos y mi amigo habló de esta manera.

### II

Una fría tarde del mes de noviembre de 1851, si no es infiel mi memoria, por el empinado y escabroso antiguo camino de Reus, en el sitio conocido por las *Quimeras*, pues eran muchos los temores, sobresaltos y recelos que pasaba el caminante, entre aquellos enmarañados riscos, poblados de bosques, patrimonio exclusivo de desalmados bandidos y de los lobos carnívoros, descendían lentamente al valle y con visibles muestras de fatiga, un anciano modestamente vestido, llevando un hermoso niño de la mano, y un robusto y ágil trajinero del país, con el amoratado gorro catalán ladeado sobre la oreja derecha, el cigarro en los labios, el látigo en la diestra y con la otra llevando del roncal un soberbio mulo cargado de enormes baúles fuertemente atados, que pertenecían á los dos humildes caminantes.

El anciano, era el señor *Marián de las figuras*; el muchacho, el futuro pintor orientalista, Mariano Fortuny.

El abuelo era bajo de cuerpo, de cara oval y dotado de grandes ojos pardos. Vestía el modesto y limpio traje de los menestrales de tu hermosa ciudad natal; cachucha de terciopelo, chaqueta de paño, pantalones de lana y botas, pero esas las había sustituido aquella tarde por las alpargatas, pues con aquel calzado no le hubiéramos sido posible dar un paso por aquellos riscos y vericuetos.

El niño, en cambio, era la representación de la vida con todas sus más bellas y risueñas manifestaciones. Su cabeza, verdaderamente artística, parecía concebida por los genios. Sus ojos eran grandes y garzos, sombreados por sedosos rizos de oro que jugueteaban sobre su hermosa frente. Era un muchacho tímido como una gacela, impresionable como una sensitiva, y á pesar de sus puros é inocentes años, altamente observador.

Cuando los dos pedestres viajeros dieron la vuelta á la escarpada montaña del *Morral*, que es la columna barométrica de nuestros labradores, el claro sol, bello y majestuoso, se ocultó tras las violetadas montañas del vecino reino de Aragón.

El abuelo descubrióse ceremoniosamente y recitó uno de los párrafos de las *Armonías de la Naturaleza*, de Bernardino de Saint-Pierre, y el nietecillo articuló, en cambio:

—¡No puedo más!..

Y dejóse caer sobre las piedras del camino.

El cansancio había dado al traste con sus fuerzas y buena voluntad.

—¡Pobrecillo! murmuró el abuelo, con visible pena; y tomándole en brazos, lo sentó sobre su hombro izquierdo y continuó su peregrinación.

¡El infeliz parecía San Cristóbal!

Dejaron la montaña y llegaron al valle.

La noche extendió su negro manto y una espesa niebla procedente del Ebro, envolvió como una blanca mortaja la desierta, árida y misteriosa campiña.

Al llegar delante de la capilla de Santa Cándida, situada á un tiro de piedra de la población, los viajeros hicieron alto y celebraron una especie de consejo.

Era aquella la última etapa del escabroso camino.

El abuelo tomó al niño de la mano, y seguido del trajinero y de los mulos, entraron en Falset por la puerta de los Herreros, adelantaron por sus desiertas, oscuras y empinadas calles, que aun des-

conocían el alumbrado público, y fueron en busca de albergue, mesa y cama á la antigua Posada de la villa, que era el único parador ó alojamiento de la población.

### III

En aquella época, prosiguió mi amigo, poseía mi familia en la plaza de la Cortera, llamada así por celebrarse en ella antiguamente el mercado de los cereales, una casa de dos pisos, cómoda y espaciosa y dotada de balcones á la moderna.

Al día siguiente pasó el señor *Mariano* en compañía de su nieto á nuestra casa suplicándonos que le alquilásemos el piso principal, para establecer en él su gabinete de figuras de cera, durante los días de la feria de San Andrés; pues nuestra casa estaba situada en el punto más céntrico de la villa. No encontramos inconveniente en ello, y ajustado el alquiler de la sala, convirtiéndose ésta en magnífico museo.

A pesar de los años que han transcurrido, recuerdo fielmente cuánto se relaciona con aquel honrado é inteligente industrial.

Era un hombre entusiasta, amigo del progreso, del porvenir y de todos los adelantos de nuestro siglo. En sus mocedades fué lego de uno de los conventos de frailes de Berga, y á su cargo corría la repartición de la sopa á los pobres y la recolección de limosnas para misas, novenas y funerales. Cuando las tropas de Napoleón penetraron en nuestra patria, el señor *Mariano* abandonó el convento, cambió de traje, condición y nombre, se trasladó á Reus, aprendió el oficio de carpintero, prendóse de una linda muchacha menestrala, la pidió á sus padres por esposa y se casó.

El buen señor, encerrado en el convento, había devorado día tras día cuantas obras de filosofía, de religión, de medicina y de historia caían en sus manos, y después pasó las noches en claro y los días en turbio leyendo la Enciclopedia de Voltaire, las obras de Volney, las confesiones de Rousseau, las cartas de Cabarrús y de otros esclarecidos escritores, declarándose entusiasta del progreso y de la libertad, y espiritista puro. El cambio no podía ser más completo y radical. Hizo algo más. Afilióse al partido progresista, vistió el honroso traje de miliciano nacional, empuñó el fusil y se batió como bueno en los campos de Bonastre persiguiendo á los desalmados realistas que recorrían el campo de Tarragona á las órdenes del arzobispo Creus, de tan funesta memoria.

A más, el pobre señor *Mariano* parecía haber nacido para todo. Era carpintero, relojero, escultor, modelaba en barro, fundía en cera las figuras que exhibía, siendo el primero en España que les prestó movimiento, fabricaba tornos y vendía en su tienda de carpintero libritos de papel para fumar.

Su gabinete de figuras de cera no solamente había sido exhibido en Reus, sino en Valencia, en Alicante, en Madrid y en otras ciudades españolas.

Pero la única ilusión del abuelo, era su nieto.

Hablando de él se le hacía agua la boca.

Recuerdo que nos decía con el más ardiente entusiasmo, como si se tratara de una novia de su eclipsada juventud, que en el tierno cuerpo de aquel hermoso niño, se había albergado el alma de un gran pintor, pues él creía en la transmigración de las almas, y que aquel rapazuelo estaba destinado á ser un esclarecido genio, que honraría tanto á su ciudad natal, como á España entera.

Eso nos decía y mucho más, aquel entusiasta viejo, vistiendo y colocando cada figura en su respectivo sitio, y contándonos de paso la vida y milagros de aquellos graves y circunspectos personajes, obra de sus manos y que constituían toda su esperanza y su fortuna.

### IV

Cuatro días después tuvo lugar la feria de San Andrés, que podríamos muy bien llamar la feria del Priorato, pues es el punto de cita de todos los pueblos de esa comarca.

La plaza de la Cortera estaba llena de bote en bote.

Los industriales de Reus, con sus mesas de baraticas los unos, de bisutería los otros, se codeaban

con los confiteros de Mora de Ebro y los renombrados turroneiros de Cherta, confundiendo con los cacharrereros de Miravet y Ginestá, con los fabricantes de guitarras y vihuelas de Tortosa, y con los tenderos de Morella y del bajo Aragón, en tanto que las acaudaladas doncellas del Priorato, ostentando en el brillo de sus lindos ojos la vivacidad de su alma, en la mueca de los labios, la altivez de su raza y en la pulcritud de sus vistosos trajes, el aseo de sus personas; iban de una parte á otra sin descanso, ligeras como las ardillas, juguetonas como el céfiro, acompañadas de sus altaneros galanes, como igualmente las inteligentes y sonrosadas muchachas de esta villa, las risueñas serranas de los vecinos y sombríos riscos de Tivisa, y las provocativas zagalas de aparejo redondo de la ribera del Ebro, que revelan, tanto en sus negros y rasgados ojos, como en sus morenos rostros, tan bellos y descoloridos, como en el traje y en las costumbres, que corre por sus venas sangre mora y cristiana y que son las descendientes de las bellas y heroicas hijas de Abderramán.

El acontecimiento del día era el gabinete de las figuras de cera, el primero y último que ha visitado esta población.

En uno de los balcones de su casa había sido colocado Sancho Panza, montado en su rocín y empujando la bota.

Nunca el incomparable como inmortal escudero había tenido más admiradores.

El niño Fortuny, en el portal de mi casa vendía las entradas y en el piso principal se exhibía el gabinete.

Recuerdo que en la puerta se leía en un cartelón el siguiente pareado:

«No se permite fumar,  
Ni á las figuras tocar.»

Y lo primero que se presentaba á la vista del espectador, eran el retrato del señor Mariano fumando y sentado al lado de su mujer.

No es para ser contado la admiración que excitaba á estos oscuros montañeses los retratos de Lucrecia prefiriendo la muerte á la deshonra, Petra, la hija de Simón, los candorosos niños Pablo y Virginia y el bondadoso negro Domingo, Santa Filomena y los más esclarecidos enciclopedistas, que eran las figuras que tenía en más estima su entusiasta propietario. Todo el Priorato y la ribera del Ebro, desfilaron por delante de aquellas figuras, durante los tres días que duró la feria, y no se hablaba de otra cosa en esta población.

El señor Mariano, á pesar de encontrarnos en pleno invierno, hizo su agosto, como se dice vulgarmente, y estaba más que satisfecho de aquella expedición.

Mas ¡ay! no hay gozo cumplido en este mundo. El niño, gracias al frío de este país, pilló al día siguiente de la feria un fuerte resfriado, declarándose por último una *gástica*, como se llamaba entonces, que le obligó un mes y medio á guardar cama encerrado en un mísero chiribitil de la inmundada posada de la villa.

Describir la pena, los temores y los desvelos del cariñoso abuelo, es una cosa superior á mis fuerzas. El amoroso viejo no comía, no dormía, no descansaba, no se separaba ni un punto del lado de la cama del pequeño enfermo, temblando por la suerte de éste á cada instante.

Tres meses largos duró la enfermedad del muchacho y otros tantos su convalecencia. Enfermó cuando la nieve cubría nuestra villa y nuestros campos, y se encontró restablecido del todo cuando las golondrinas habían ya fabricado sus nidos en los altos ventanales de la torre de la iglesia, y las mieses de los prados se doblaban bajo la hoz del segador.

## V

Una tarde, el señor Mariano, pobre, triste y envejecido, en un estado tal que inspiraba verdadera lástima, y acompañado de su nieto, se presentó á nuestra casa, pidió por mis padres, y jugando con la cachucha, y con los ojos bajos como si contase los ladrillos de la sala, y con gran cortedad, pues el

buen señor era honrado hasta la exageración, nos describió su desgracia y diciéndonos con mucho trabajo y saltándose las lágrimas, que no podía pagar el alquiler de la sala en que aun estaba sin desmontar el gabinete de figuras de cera, pues no poseía ni un real y añadiendo que nos quedásemos con la mitad de las figuras, en pago de lo que nos adeudaba, que él las fabricaría de nuevo al llegar á Reus.

Mi padre no accedió á ello, le hizo franco el alquiler y puso nuestro mozo y nuestros mulos á sus órdenes, para que trasladasen á él, á su nieto y los graves figurones, á su ciudad natal.

Entonces el buen señor cogió entre sus manos la cabeza de San Juan, y dijo entregándosela á mi madre:

—Señora, mi gratitud es inmensa y no encuentro palabras para encarecerla. Mis obras constituyen mi capital, sírvase, pues, recibir esta cabeza de San Juan Bautista, modelada por mis manos, no por su valor artístico, sino como una pequeña muestra del agradecimiento que rebosa en mi corazón.

Y llorando como un niño, se retiró de la sala, quedando mis padres visiblemente conmovidos de las penalidades é infortunios de aquel inteligente industrial.

## VI

Este episodio no pudo menos de impresionarme: Me despedí de mi amigo triste y preocupado, meditando que todos los grandes genios han recorrido en el mundo un verdadero calvario, poblado de abrojos antes de llegar á las puertas de la inmortalidad, y que la corona de inmarcesibles laureles que adorna sus preclaras y esclarecidas frentes, oculta otra de espinas, que se clava en lo más hondo del corazón.

¡Cuántas páginas ocultas, parecidas á ésta, debe guardar la infancia del malogrado Fortuny!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

## LAS ORUGAS OCUPANDO UNA VÍA FÉRREA

Un corresponsal del *World* de Nueva York, da cuenta de un contratiempo que ocurrió, hace pocos días, en el nuevo tramo del ferrocarril del Estado de Maine, entre Sebois y Brownville.

Se trata nada menos que de una invasión de orugas, temible como toda clase de invasiones, por más que fueran los individuos que la componían insignificantes y mirados aisladamente, poco temibles; pero con semejantes invasores lo grave del caso no lo constituye la calidad, sino la cantidad.

La vanguardia ya había sido vista la noche anterior por un inspector que recorría la línea en su velocipedo. Encontró una partida de pequeñas orugas cenicientas que habían invadido la vía, en tal número, que tuvo que echar pie á tierra y empujar con muchísimo trabajo su máquina más de media milla. El día siguiente (19 de mayo), por la mañana, una gran máquina con once vagones, cargados de cuadrones de madera para construcciones navales, en número de 1,500 que constituían el primer tren de la compañía *Canadian Pacific*, salió de Sebois para Brownville. A las pocas millas se encontró en medio de una masa pegajosa y bullidora, que las ruedas de la locomotora luego redujeron á pulpa, pero que era tan considerable y compacta como extensa; llegando un momento en que acumulada dicha masa, hizo resbalar las ruedas é impidió que agarrasen en los carriles. Parecía talmente que ruedas y carriles habían sido engrasados.

El maquinista se daba á todos los diablos. —¡Vaya con los bichos!—decía, acompañando al propio tiempo lo dicho con interjecciones capaces de atemorizar á una compañía de granaderos. El conductor reía estrepitosamente, pero junto con el maquinista y otros empleados, tuvieron que bajar y con palas y otros útiles de hierro desembarazar un tanto las ruedas. Subieron otra vez al tren, después de raspar un poco, y trataron de ponerlo en movimiento, pero fué inútil. Los *bichos* eran demasiados y la masa aplastada aumentaba el engrase, imposibilitando las funciones de las bielas. Hasta donde se extendía la vista, las pequeñas orugas estaban en completa posesión de la vía. El tren, *Canadian Pacific*, inútilmente trataba de moverse. Estaba envarado. El conductor ya no reía.

—Que corten las ramas laterales y barran un gran trecho—dijo al maquinista, y éste transmitió la orden á los retranqueros. Todos prestaron su concurso, pero las escobas improvisadas sólo servían para aplastar más orugas y embadurnar los carriles más de lo que estaban, poniendo las cosas en peores condiciones. Se rociaron con arena los carriles. Esto hizo posible que arrancase la máquina, pero las orugas pronto volvieron á engrasar las bielas y la carrilera, y el tren volvió á pararse. Faltaban brazos, y convencidos por fin de la impotencia, no hubo más remedio que enviar un mensajero á la estación de Sebois, y telegrafiar al jefe del movimiento dándole cuenta de la situación. Este envió otra locomotora y dos brigadas al

tren atascado. Con una partida de hombres desembarazando la vía con ayuda de la arena, otra partida desengrasando y limpiando en lo posible las bielas y las ruedas, y la máquina supletoria para empujar el tren, éste pudo ponerse en marcha arrastrándose á través del bosque pantanoso de orugas, pero teniendo que detenerse á cada momento para practicar nuevos trabajos, que pronto hizo penosísimos un nuevo aliado de las orugas, que se destacó del fondo del valle; era otra calamidad, otra invasión, un ejército numerosísimo de mosquitos, plaga que atacaba con furor á los atribulados trabajadores, imposibilitando el trabajo y ante la cual fué necesario telegrafiar de nuevo y que vinieran tres ó cuatro brigadas más para ir alternando ó sustituyéndose unas á otras. El capataz Van-Zile que las mandaba, renegaba como un carretero, los conductores y maquinistas se veían negros ante ambas invasiones. Tenían que relevarse como los demás operarios y zapadores, encerrándose en un vagón que desalojaban de insectos con el auxilio del humo. Durante todo el día y gran parte de la noche, los hombres y las locomotoras trabajaron arrastrando el tren desde Sebois á Brownville. Millones de millones de orugas cubrían los rails en una extensión de once millas. El trabajo fué impropio, las penalidades muchas, y cuando el tren llegó á su destino, como el que ha ganado la más descomunal de las batallas, todo el mundo quedó asombrado del relato de cuanto acabamos de referir y del aspecto que presentaban cuantos tuvieron que intervenir en el acontecimiento, pues estaban materialmente acibillados por las feroces picaduras de los mosquitos y completamente derregados por la lucha sostenida y el excesivo trabajo.

C.

## AL EMINENTE POETA

## ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ

En mi tranquila y placentera infancia  
Mi padre, por las noches me leía  
El *Trovador*, la más hermosa nota  
Que dictó el corazón, vibró en tu lira.

Al escuchar los cadenciosos versos  
De sus cantos de amor y de desdichas,  
El llanto resbalaba en mi semblante  
Y el pecho de emoción se estremecía.

El fué, quien me mostró todas tus obras,  
Quien me dió á conocer lo que valías,  
Quien me narró tus tristes sinsabores,  
Tus triunfos en Madrid y en las Antillas.

Y en mis noches de insomnio y de desvelos,  
En confusa y extraña pesadilla  
Admiraba en redor los personajes  
A quien tu inspiración dió forma y vida.

Con el amante *Trovador*, cantaba,  
Con tu amorosa *Leonora*, gemía,  
Con tu *Paje*, al laúd pedía amores,  
Con tu *Grumete*, navegando iba.

Y tanto y tanto repasé tus obras  
Y sus bellos conceptos repetía:  
¡Que como *Juan Lorenzo* me expresaba  
Y lloraba á *Roger* con tu *Maria*!

Mas pasó el tiempo aquél, mi santa infancia  
Es tan sólo un recuerdo que se eclipsa;  
A mi buen padre devoró la fosa,  
Y tú en el seno de la muerte habitas.

El huracán indómito del mundo,  
Cual si fuera una flor seca, amarilla  
Desprendida del árbol de mis glorias  
Me arrastra hoy, por escabrosas vías.

Otro es mi pobre hogar, otro mi suelo,  
Es otra mi ilusión y mi familia;  
El tierno niño convertido en hombre  
Pulsa el laúd y su dolor olvida.

Y en las noches de invierno, cuando el viento  
En mi elevada chimenea silba,  
Cuando azota la lluvia mi ventana  
Y el calor del hogar á amar convida:

Evocando los cándidos recuerdos  
De mi infancia feliz, siempre tranquila,  
Tu drama sin igual, leo á mi esposa  
Con toda la ilusión del alma mía.

Y al admirar en sus rasgados ojos  
La purísima lágrima que oscila,  
Tu nombre invoco, tu talento ensalzo,  
Tu gloria canto, tu pasión me admira:

Que si un altar te consagró mi padre  
Con entusiasta y justa idolatría,  
No seré menos yo, pues otro templo  
Te alzaré el corazón, en mi familia.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91, donde deberán dirigirse todos los avisos y pedidos de suscripciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.



GUERREROS BEDUINOS (POR R. BEAVIS)